



A propósito del cine

¿Mercancía de uso cotidiano?

Por Víctor Nava "Critilo"

Desde su (in)esperado —pero bienvenido— origen (1895), el cine tuvo un profundo impacto en la sociedad, tanto que a los pocos años se convirtió en una verdadera industria y, más tarde, en un poderoso oligopolio constituido por algunas de las *mayors* (Paramount, Disney, 20th Century Fox, Warner Brothers, Sony) y *minors* (Universal, Columbia, United Artist) *companies* o estudios que promisoriamente se instalarían en Hollywood, meca del cine comercial.

Tras la Primera Guerra Mundial, las filiales conquistaron cómodas posiciones mercantiles y la primicia industrial, situación de la que aún gozan y que les permite imponer, prioritaria y ventajosamente, sus películas en todos los cines del mundo, por encima y en detrimento de las cinematografías locales; todo ello ante la complicidad y complacencia de las débiles autoridades y la domesticada asistencia de los incautos e insensibles espectadores que —sin más criterio que el que dicta la inercia, la imitación, la aceptación ciega—, a todas horas, en cualquier parte del orbe, se aglomeran en las ventanillas de las salas (construidas estratégicamente en los grandes centros comerciales) para ver el esperado estreno, la “exitosa” película protagonizada por el “galán” o “la estrella” en turno (convertidos en simples arietes del mercado). Estos personajes, en su respectiva diégesis, propician que cada espectador se (con)

funda e identifique anónimamente con ellos durante las dos horas de la experiencia o perceptiva, y se sienta el héroe o el villano, la doncella o la amante, la víctima o el culpable, el ladrón o la policía...

¿Mas, tras salir de la función, qué sensación queda en el espectador? ¿La (in)satisfacción de haber visto esta cinta? ¿El deseo o la inquietud de emitir algún comentario, un juicio, que le permita entender y trascender el mero acto contemplativo, más allá de simplemente decir “me gustó” o “no me gustó”?

Al parecer, poco o nada de esto importa al emporio hollywoodense que, en aras de una rentabilidad considerable, sólo produce películas en serie (banales casi todas). Al tener bajo su control la producción y exhibición mundial, copta, en mayor o menor medida y de forma desleal, el desarrollo conceptual de gran parte, si no es que de todas las cinematografías nacionales.

Pero si esto también contribuye a la inercial y domesticada demanda de un público que sólo busca el entretenimiento, convendría al menos que el espectador doméstico se diera cuenta de que está siendo atraído por una salchicha, como lo expresara alguna vez Erick von Stroheim al referirse a los filmes de Hollywood: “Producir películas con la regularidad de una máquina de hacer salchichas forzosamente tiene que hacerlas tan parecidas como salchichas” (en Gubern, 2003: 185). Y qué mejor símil para referirse a ese cine —sobre todo el de *blockbuster* (éxito de taquilla)— al que se le embuten (invierten) millonarias cantidades de dinero, aunque poca capacidad creadora, para garantizar la demanda del complaciente mercado, el cual se extiende más allá de las salas de proyección y ahora está disponible en casa gracias a la tecnología (Netflix, Claro Video...).

Pese a ello, y “aprovechados” por Hollywood, no dejan de surgir directores y películas interesantes que, además del gratificante entretenimiento, revelan la más compleja condición humana, cuestionan o reflejan, identitariamente, la realidad posible o probable de un país,

de un sector social o un personaje singular..., dignificando así su quehacer cinematográfico. Tal es el caso en México de Alejandro González Iñárritu (*Amores perros*, *Babel*, *Birdman*), Alfonso Cuarón (*Y tu mamá también*, *Gravedad*), Guillermo del Toro (*El laberinto del fauno*, *La forma del agua*), Amat Escalante (*Sangre*, *Heli*, *La región salvaje*), Michel Franco (*Las hijas de Abril*) o Natalia Beristáin (*No quiero dormir sola*), entre otros *outsiders* o independientes aún desconocidos que no han tenido oportunidad de ser vistos, los cuales son un digno ejemplo de que, más allá de la adulación o los premios, está el convencimiento y la consecuencia, lo que les ha ganado el reconocimiento espontáneo y auténtico del público (nacional y extranjero).

Y si bien es cierto que el cine es ante todo una industria, también funciona como arma ideológica al imponer pautas de conducta, modas o manipular y distorsionar las diversas realidades. De ahí la gran competencia del cine hollywoodense con las industrias armamentista, farmacéutica y de alimentos. Una gran masa de espectadores autómatas o escapistas ávidos de emociones sentimentales asisten a ver las películas seriadas o de saga (entiéndase salchichas) para llenar sus vacíos existenciales. En fin, ante una respuesta dócil y febril a esta propuesta, o la cauta elección para ver tal o cual filme, no queda más que entender que cada quien ve o acepta el cine que merece.

Creo, por tanto, que, sin dejarnos impresionar por la fastuosidad o el alarde técnico de las cintas comerciales, debemos ver, con admiración y orgullo, *nuestro* cine mexicano, que tan dignamente nos proyecta y dignifica pese a las adversas condiciones de producción, distribución, incluso de desconfianza, a las que se enfrenta. 

Ilustración digital: Luis Ángel Velázquez



Referencia

Gubern, Roman (1997). *Historia del cine*. Barcelona: Lumen (Palabra en el tiempo, 179).



Víctor Nava Marín es licenciado en Ciencias de la Comunicación por la UNAM. Además de ser actor y director teatral, ha sido corrector de estilo en el Fondo de Cultura Económica, Publicaciones Cultural y en el gobierno del Estado de México, así como colaborador en revistas culturales, catedrático y encargado del Cineclub/UAEM.

